

ESPECIAL BANCA PRIVADA

El pulso estratégico China-EE.UU.



Las diferencias de cosmovisión entre Occidente y Oriente no son cosa nueva, como tampoco lo son los conflictos derivados de ésta. En 1792, Jorge III envió a Lord McCartney a una delicada y conocida empresa diplomática que pretendía establecer puertos francos en China. Inglaterra, en plena Revolución Industrial, arrastraba un déficit comercial cada vez mayor con el Imperio Celeste: los ingleses demandaban té, seda, porcelanas y otros bienes de oriente sin que existiera contrapartida por parte china; entonces una pálida imagen de lo que había sido tres siglos atrás. Lo cierto es que los más de 600 regalos que narran los cronistas que traía el séquito inglés no impresionó al emperador Qianlong ni logró convencer a los mandarines de las bondades de abrir el comercio. La embajada fue un fracaso y a los pocos días la delegación fue expulsada de Pekín. Años después, los mercados iban a abrirse a la fuerza con las Guerras del Opio de 1839 y 1842 que marcaron el inicio del «siglo de humillaciones» chino. La embajada de Lord McCartney fue un «choque de civilizaciones», propio de un momento en el que el equilibrio geopolítico se altera de forma estructural. La guerra comercial que hoy enfrenta a Estados Unidos y China responde a uno de ellos en los que la geometría del tablero político global cambia. Desde esta perspectiva, la escalada arancelaria entre ambos países no es tanto una guerra comercial –es sólo un arma–, sino que tiene que verse como un pulso para la defensa y ampliación de sus respectivas áreas de influencia.

A diferencia de la China del emperador Qianlong, cerrada y decadente, la China de Xi Jinping llega al siglo XXI con una confianza renovada tras cuatro décadas de gran crecimiento y prosperidad sin precedentes. El proceso de «reforma y apertura» que inicia el país a finales de los años 70 impulsado por Deng Xiaoping ha permitido a China corregir el retraso crónico que mantenía con Occidente en el lapso de una generación. El país ha sabido beneficiarse de la globalización atrayendo inversiones, lo que le ha permitido, de forma muy inteligente, poner a su numerosísima población a trabajar. El resto

ya es historia. En esta trayectoria ascendente, China ha desarrollado un vínculo especial de dependencia inversora y comercial con EE UU –Niall Ferguson ha acuñado el término «Chimerica»–. Se trata de una codependencia financiera compleja que mantiene cosidos a ambos países: China vende a EE.UU., su principal cliente, y, a su vez, ha invertido de forma masiva en deuda americana para evitar en muchos momentos una sobrevaloración excesiva con respecto al dólar. Con la crisis de 2008 esta codependencia se pone a prueba. El escenario cambia: Occidente tiene que hacer frente a un severo ajuste del consumo, mientras que China se ve con la presión de la sobre-capacidad inversora.

Ante este escenario de vértigo, en ambos hemisferios se opta por afrontar la crisis con medidas monetarias y fiscales neokeynesianas: se busca reactivar la demanda. Un enfoque miope y de recorrido limitado. Se pretende crecer vía devaluaciones competitivas que generan una absurda carrera hacia ninguna parte. La guerra comercial es otro episodio de la constante guerra de divisas de este periodo poscrisis.

En paralelo, China se ha hecho mayor. La anteriormente potencia demográfica y económica, con más bien muy poca presencia internacional, tras los Juegos Olímpicos de 2008 –su puesta de largo en el nuevo siglo– ha ido agudizando su perfil político.

China nunca ha sido una civilización expansiva como Occidente, sino más bien introspectiva: Luis Racionero señalaba hace tiempo como unos hemos inventado los viajes espaciales y llegado a la Luna, mientras que los otros han inventado el viaje introspectivo y el yoga. Durante su apogeo, China nunca tuvo el anhelo colonial que sí tuvo Europa. Sin embargo, esto no es óbice para que la nueva China, hambrienta de materias primas, tecnología y nuevos mercados, no ambicione asegurar y ampliar su esfera de influencia. En este contexto se enmarca el actual pulso estratégico entre ambas superpotencias que va mucho más allá de un superficial proteccionismo, ya que está en liza el dominio del siglo XXI. ■ Luis Torras, Asociado de EFPA España

En esta trayectoria ascendente, China ha desarrollado un vínculo especial de dependencia inversora y comercial con Estados Unidos